

Domingo dieciséis del Tiempo Ordinario.

La primera lectura de hoy (Gen. 18,1-10) y el Evangelio (Luc. 10,38-42) nos hablan de acoger a Dios y acoger a Jesús en casa y en familia. Me gustaría que reflexionáramos sobre dos realidades concretas de la Escuela de Jesús.

La primera es ésta: cuando escuchamos la Palabra y acogimos un día la invitación a seguir a Jesús, fuimos invitados a ingresar a su Escuela. Una Escuela de santidad y de fe, una Escuela de vida y amor. Por lo mismo, el primero que nos acoge y nos recibe en su casa y en su corazón es Jesús. Él tiene un corazón amplio y generoso, es el Maestro por excelencia y nos dice: “Vengan a mí todos los que están cargados y agobiados que yo los aliviaré. Aprendan en mí, que soy manso y humilde de corazón y encontrarán descanso para sus vidas” (Mat. 11,28-30). Y desde hace tres semanas, con el evangelio de Lucas, estamos caminando con Jesús a Jerusalén, para vivir su misma vida y su misma misión.

La segunda realidad es consecuencia de la primera: cuando somos acogidos por Jesús en su Escuela, cada uno de nosotros lo recibe y lo acoge en su propia vida y en su corazón, como al Maestro, al Señor, al sentido pleno de su vida y de su actuar.

Abraham, al ver al Señor que va de paso, corre a su encuentro y le ruega que no pase de largo por su casa. El Señor entra y se queda con Abraham y su esposa, llenándolos de bendición y confiándoles sus planes de salvación. Marta y María, por su parte, acogen a Jesús que va de camino a Jerusalén, le ofrecen hospedaje, le entregan sus vidas y logran que su casa y su familia sean siempre lugar de acogida para el Maestro. Las dos hermanas, según Lucas, son las hermanas de confianza de Jesús; por eso él llega a la casa de ellas como a su casa. El cuarto evangelio nos dirá más tarde que pasaron a ser la familia amada de Jesús (cfr. Jn. 11).

Pero el relato de Lucas tiene elementos técnicos de discipulado que es preciso entender y asumir. Nos dice que Marta está atareada en el servicio, mientras María escucha con atención la Palabra, sentada a los pies del Maestro. En toda escuela de rabinos, los discípulos se distinguían por dos características: el estar a los pies del maestro, aprendiendo la Ley, y el servicio al maestro con todo amor y dedicación, como una manera de reconocerle su enseñanza. Estas dos características hacen de un creyente un discípulo de la Ley del Señor. Con todo, en la época de Jesús había llegado a ser más importante el servicio al maestro que el estudio mismo de la Ley. Jesús aquí coloca los puntos sobre las íes. En su Escuela, tanto el servicio al Maestro (Marta) como la escucha y el estudio de la Palabra (María) son importantes, identifican al discípulo de su Escuela de santidad. No hay que oponerlos sino integrarlos; pero sabiendo que, de todas maneras, el estar a los pies de Jesús para escuchar su Palabra y aprender la Nueva Ley del Amor, es lo primero, y al mismo tiempo, es lo que da sentido y conduce al servicio.

Por eso, cuando estemos escuchando la Palabra del Maestro, esta Palabra nos llevará al compromiso de servir a los hermanos; y, cuando estemos sirviendo a los hermanos, sentiremos que estamos viviendo la enseñanza del Maestro que fascinó nuestra vida y la transformó con su amor.

Señor Jesús, qué maravilloso es sentirnos discípulos en tu Escuela, escuchando a tus pies una Palabra de vida y sirviendo con dedicación y gozo a nuestros hermanos. Te

damos gracias porque nos llamaste y nos abrimos generosamente a ti para acogerte. Sé Tú el Maestro y el Señor de nuestras vidas y transfórmanos con tu Poder para lograr también la transformación de nuestras familias y del ambiente en que desarrollamos nuestra vida. Amén.